

Anne Brontë

La inquilina
de Wildfell Hall

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Tenant of Wildfell Hall*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuares.com

Imagen: © AGE Fotostock/Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-769-7

Depósito legal: M. 33.653-2019

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Prefacio a la segunda edición

Al tiempo que reconozco que el éxito de la presente obra ha sido mayor del que me esperaba, y que los encomios que ha suscitado de unos cuantos amables críticos han sido más superlativos de lo que se merecía, también debo dejar aquí constancia de que otros círculos la han censurado con una acritud que poco me habría yo imaginado, y que mi criterio, así como mis sensaciones, me aseguran que tiene más de amarga que de justa. Apenas es competencia del autor que se dedique a rebatir los argumentos de quienes lo reprueban y a vindicar su producción literaria, pero permítanme que haga aquí unos cuantos comentarios con los que habría prologado la primera edición de esta novela, de haber previsto la necesidad de tomar tales precauciones contra los malentendidos de los que la leerían con prejuicios o se contentarían con juzgarla tras echarle un rápido vistazo.

Mi propósito al escribir las páginas que siguen no era simplemente el de entretener al lector, como tampoco era el de complacer a mi propio gusto o ni siquiera el de congraciarme con la prensa y el público. Quería contar la verdad, pues la verdad siempre transmite su mensaje moral a quienes sean capaces de recibirlo. Sin embargo, como tan inestimable tesoro se esconde con mucha frecuencia en el fondo de un pozo, se requiere de cierto valor para sumergirse en él, sobre todo porque es probable que al que se atreva a hacerlo le acarree más burlas y

oprobio, por atreverse a zambullirse en el agua y el fango, que agradecimiento por la joya que de ese modo extrae; como, asimismo, es posible que la mujer que emprende la tarea de limpiar las habitaciones de un soltero descuidado reciba más improperios por el polvo que levanta que elogios por el resultado que consigue. No obstante, que nadie piense que me creo competente para reformar los errores y abusos de la sociedad, sino que tan sólo me gustaría aportar mi humilde contribución a tan buen objetivo, y, si consigo que el público me preste atención, prefiero susurrarle unas pocas verdades de provecho en lugar de un montón de tonterías amables.

Del mismo modo que la historia de *Agnes Grey* fue acusada de cargar las tintas de modo extravagante justo en aquellas partes que estaban cuidadosamente calcadas de la realidad, intentando evitar escrupulosamente cualquier exceso, en la presente obra me encuentro con que se me critica por representar *con amore*, «con un amor morboso por lo tosco, por no decir lo brutal»¹ las escenas que, me atrevo a decir, a mis críticos más exigentes no les costó tanto leer como a mí escribir. Tal vez haya llegado a excederme, en cuyo caso tendré cuidado de no volver a agobiarnos ni a mis lectores ni a mí de ese modo; aun así, mantengo que, cuando hemos de ocuparnos de vicios y personajes depravados, es mejor representarlos como son en realidad y no como lo que ellos quisieran parecer. Mostrar algo malo del modo menos ofensivo es sin duda el camino más agradable que puede tomar un escritor de ficción, pero ¿es el más honrado, o el más seguro? ¿Qué es mejor, revelar las trampas y dificultades de la vida al viajero joven e irreflexivo, o tapárselas con

1. Es lo que dijo la reseña del *Spectator* del 8 de julio de 1848. [Todas las notas de la presente edición son del traductor.]

ramas y flores? Ay, lector, si hubiera menos de esas delicadas ocultaciones de los hechos –de esos susurros de «paz, paz, cuando no hay paz»¹–, habría menos pecados y sufrimientos para los jóvenes de ambos sexos a los que no queda más remedio que extraer tan amargos conocimientos de la experiencia.

No quisiera que se supusiese que los actos del lamentable sinvergüenza y sus pocos compañeros libertinos que presento aquí pretenden ser una muestra de las prácticas habituales de nuestra sociedad. Se trata de un caso extremo, como esperaba que todos percibieran, pero sé que tales personajes existen, y si he conseguido advertir a algún joven imprudente de que no siga sus pasos, o he evitado que alguna joven irreflexiva cometa el mismo error tan normal de mi heroína, entonces no habré escrito el libro en vano. No obstante, si también ocurriese que algún lector honrado obtiene más desazón que satisfacción de su detenida lectura, y cierra el último volumen con una impresión general de desagrado, humildemente le ruego que me perdone, pues no era ésa en absoluto mi intención, y le aseguro que intentaré hacerlo mejor la próxima vez, ya que nada me complace más que proporcionar una sana satisfacción. Aun así, entiéndase que no limitaré mi ambición a lograr eso, o ni siquiera a producir «una obra de arte perfecta»: tal desperdicio de tiempo y talentos me parecería indebido. A los humildes talentos² que Dios me haya podido conceder intentaré darles el mayor uso; si soy capaz de entretener, a eso me aplicaré también, pero, cuando con-

1. Jeremías 8,11.

2. Al hablar de «talentos», Brontë se está refiriendo a la parábola de ese nombre que se narra en Mateo 25 y Lucas 19, con lo que da a entender que la creación literaria es una obligación espiritual.

sidere que tengo la obligación de decir una verdad desagradable, con la ayuda de Dios la diré, aunque vaya en perjuicio de mi nombre y en detrimento de la satisfacción inmediata de mi lector y de la mía.

Unas palabras más y habré terminado. Por lo que respecta a la identidad del autor, quisiera que quedase bien claro que Acton Bell no es ni Currer ni Ellis Bell¹, y, por lo tanto, sus defectos no deberían atribuirse a los otros dos. En cuanto a si es un nombre real o ficticio, no creo que importe mucho a los que sólo lo conocen por sus obras. Y diría que tampoco es de gran relevancia que con ese nombre no se designe a un hombre sino a una mujer, como unos pocos de mis críticos afirman haber descubierto. Me tomo a bien la imputación por lo que tiene de cumplido de que he delineado como es debido a mis personajes femeninos; y aunque me veo obligado a atribuir mucha de la severidad de quienes me reprueban a esa sospecha, no me voy a molestar en negarla, porque, a mi parecer, si un libro es bueno, lo es independientemente del sexo del autor. Todas las novelas se escriben, o debieran escribirse, para que las lean tanto hombres como mujeres, y no acabo de entender que un hombre pueda permitirse escribir algo que resulte verdaderamente vergonzoso para una mujer, ni por qué habría que criticar a una mujer por escribir algo que se consideraría digno y apropiado en el caso de proceder de la pluma de un hombre.

22 de julio de 1848

1. Recordemos que son los seudónimos masculinos con que las tres hermanas Brontë publicaron sus respectivas novelas.

Volumen primero

Al señor J. Halford

Querido Halford:

La última vez que nos vimos me relataste de forma muy detallada e interesante los principales sucesos de tu vida antes de que nos conociéramos, y, a continuación, me pediste que te devolviera tal muestra de confianza. Como en ese momento no me encontraba de humor para narraciones, rehusé so pretexto de que no tenía nada que contar y otras excusas por el estilo que sé que a ti te parecieron totalmente inadmisibles, pues, aunque cambiaste de inmediato de conversación sin quejarte, lo hiciste con aire dolido y con el rostro ensombrecido hasta el final de nuestro encuentro por una nube que, hasta donde sé, sigue oscureciéndolo, ya que desde entonces a tus cartas las distingue cierta frialdad y reserva, de tono digno y un tanto melancólico, que me afectaría mucho de acusarme mi conciencia de que de verdad me merecía ese trato.

¿No te da vergüenza, mi viejo amigo, a tu edad, después de conocernos desde hace tantos años y tan íntimamente, y cuando ya te he dado tantas pruebas de mi sinceridad y confianza sin quejarme nunca de lo que en comparación es tu actitud reticente y taciturna? Pero supongo que es lo que hay: tú, que de natural no eres muy comunicativo, pensaste que habías realizado toda una

proeza y me habías dado una muestra sin par de tu amistad y confianza en esa memorable ocasión –que seguramente habrás jurado que será la última de ese tipo–, y considerabas que lo menos que podía hacer yo a cambio de tan enorme favor sería que imitara tu ejemplo sin dudarle ni un instante.

En fin, el caso es que no he cogido la pluma para reprocharte nada, ni para defenderme ni disculparme por cualquier ofensa pasada, sino para compensarla en la medida de lo posible.

Hoy llueve a cántaros, mi familia se ha ido de visita y yo estoy solo en la biblioteca. He estado leyendo unas viejas cartas y papeles mohosos que me han hecho pensar en el pasado, así que en estos momentos me encuentro en el estado de ánimo indicado para entretenerme con una historia de antaño; y, después de retirar los pies, ya bien asados, de la placa de la chimenea, me he girado con la silla hacia mi escritorio, he endilgado las líneas previas al malhumorado de mi viejo amigo, y ahora me dispongo a hacerte un esbozo... no, nada de esbozos, sino el relato completo y fidedigno de ciertas circunstancias que guardan relación con el hecho más importante de mi vida, al menos antes de que te conociera; y, cuando lo hayas leído, ya veremos si eres capaz de acusarme de ingratitud y de tener contigo unas reservas impropias de un amigo.

Como sé que te gustan las historias largas, e insistes tanto como mi abuela en saber todos los particulares y detalles, no te los voy a ahorrar en absoluto. Mis únicos límites serán mi paciencia y el tiempo de que disponga.

Entre los papeles y cartas de que te hablaba estaba un viejo y desvaído diario mío, el cual te menciono para asegurarte que no sólo dependo de mi memoria, aun siendo ésta tenaz, y evitar que tu credulidad se vea muy

puesta a prueba al seguirme por los minuciosos detalles de mi narración. Empecemos, por lo tanto, de inmediato con el capítulo primero, pues va a ser un relato de muchos capítulos.

1

Un descubrimiento

Vuelve conmigo al otoño de 1827.

Como sabes, mi padre era una especie de hacendado en ***shire, y yo, por expreso deseo suyo, lo sucedí en esa misma tranquila ocupación, si bien no lo hice de muy buen grado porque la ambición me instaba a alcanzar metas más elevadas y la presunción me aseguraba que, al no hacer caso a su voz, estaba escondiendo mi talento en tierra¹ y ocultando mi luz debajo del celemín². Mi madre había hecho todo lo que había podido para convencerme de que era capaz de realizar grandes cosas, pero mi padre, que pensaba que la ambición era el camino más seguro a la ruina, y que el cambio no era sino otra forma de denominar a la destrucción, nunca quiso escuchar ningún plan destinado a mejorar mi propia situación ni la de mis semejantes. Afirmó que eran todo tonterías y me exhortó, ya con su postrero aliento, a que continuara por el buen camino de siempre, a que siguiese sus pasos y los de su padre antes que él, y a que mi mayor ambición fuera la de caminar con honradez por el mundo, sin desviarme ni a la derecha ni a la izquierda³, y dejase las hectáreas paternas a mis hijos al menos en tan próspero estado como me las dejaba él a mí.

1. Mateo 25,25.

2. Mateo 5,15.

3. Números 20,17.

«En fin, un hacendado honrado y diligente es uno de los miembros más útiles de la sociedad, y si consagro mi talento al cultivo de mis tierras, y a la mejora de la agricultura en sí, no sólo estaré beneficiando a mis familiares más directos y a las personas a mi cargo, sino hasta cierto punto a la humanidad en general, y por lo tanto no habré vivido en vano.»

Con ese tipo de reflexiones intentaba yo consolarme conforme volvía lentamente de los campos una tarde fría, húmeda y nublada de finales de octubre. Sin embargo, el resplandor del intenso fuego rojo que salía por la ventana del salón contribuyó más a animarme, y a reprendre a mis desagradecidas lamentaciones, que todas las sabias reflexiones y buenas resoluciones que me había obligado a hacer; pues recuerda que yo era entonces joven –apenas tenía veinticuatro años– y aún no había conseguido domeñar mi espíritu ni la mitad que ahora, por muy nimio que pueda ser ese dominio.

No obstante, no debía entrar en ese remanso de dicha hasta que me hubiese cambiado las botas embarradas por unos zapatos limpios, el basto sobretodo por una levita decente, y, en conjunto, tuviera un aspecto presentable; pues mi madre, con todo lo buena que era, también era enormemente quisquillosa para determinadas cuestiones.

Mientras subía a mi habitación, me encontré en la escalera con una joven guapa y elegante de diecinueve años, de figura pulcra y regordeta, cara redonda, mejillas encendidas y radiantes, abundantes rizos lustrosos y alegres y pequeños ojos castaños. No hace falta que te diga que se trataba de mi hermana Rose. Sé que todavía es una bella matrona, y sin duda para ti no es menos encantadora que el feliz día en que la viste por primera vez. Yo no podía saber entonces que, unos pocos años des-

pués, Rose se casaría con alguien a quien yo aún no conocía, pero que estaba destinado a convertirse en un amigo más íntimo que ella misma y que el descortés muchacho de diecisiete años que, al bajar, se abalanzó sobre mí en el pasillo y casi me hizo perder el equilibrio, por lo que, para corregir su insolencia, le propiné un sonoro golpe en la cabeza, la cual, sin embargo, no resultó muy dañada, ya que, además de tenerla más dura de lo normal, estaba protegida por una superflua mata de rizos cortos y rojizos que mi madre llamaba de color caoba.

Al entrar en el salón, encontramos a esa honorable dama sentada en su butaca de delante de la chimenea, haciendo labor como era su costumbre cuando no tenía otra ocupación. Había limpiado el hogar y encendido un resplandeciente fuego para recibirnos; la sirvienta acababa de llevar la bandeja del té, y Rose estaba sacando el azucarero y la caja del té del aparador de roble negro que brillaba como ébano muy encerado en la penumbra de aquel alegre salón.

—¡Ah, aquí están los dos! —exclamó mi madre girándose para mirarnos sin que aminorara el movimiento de sus diestros dedos y sus brillantes agujas—. Venga, cerrad la puerta y acercaos al fuego mientras Rose prepara el té. Seguro que estáis muertos de hambre. Y contadme qué habéis hecho todo el día, que me gusta saber a qué se dedican mis hijos.

—Yo he estado domando al potro rucio, lo que no es cosa fácil, he dirigido el arado de los últimos rastros de trigo, ya que al labrador le falta cabeza para guiar bien a las bestias, y he empezado a poner en práctica un plan para drenar eficazmente una extensa zona de las tierras bajas de los prados.

—¡Ése es el valeroso de mi chico! ¿Y tú, Fergus, qué has estado haciendo?

–He estado cazando tejones.

Y pasó a ofrecer un relato detallado de su entretenimiento y de las respectivas proezas del tejón y los perros, mientras mi madre hacía como si le escuchara con mucha atención y observaba su animado rostro con un grado de admiración materna que me pareció excesivo, habida cuenta de a quién iba dirigido.

–Va siendo hora de que te dediques a otras cosas, Fergus –dije en cuanto una pausa en su relato me permitió intervenir.

–¿Y qué quieres que haga? –replicó él–. Mi madre no me deja hacerme a la mar ni entrar en el ejército, así que estoy decidido a no hacer nada más, salvo convertirme en tal incordio para todos vosotros que al final daréis gracias de libraros de mí de la forma que sea.

Nuestra madre le acarició los rizos cortos y tiesos para tranquilizarlo. Él gruñó e intentó parecer enfurruñado, tras lo que todos ocupamos nuestros sitios a la mesa en obediencia al tercer llamamiento de Rose.

–Bien, tomaos el té –dijo ésta–, y mientras os cuento lo que he estado haciendo yo. He ido a visitar a los Wilson, y qué pena más grande que no me hayas acompañado, Gilbert, porque estaba allí Eliza Millward.

–Ah, ¿y qué es de ella?

–No, nada. No te voy a hablar de ella. Sólo diré que es una chiquita muy agradable y divertida cuando está de buen humor, y que desde luego no me importaría llamarla mi...

–Calla, calla, querida, que no es ésa la idea de tu hermano –le susurró nuestra madre con vehemencia y un dedo levantado.

–Bueno –continuó Rose–, pues entonces paso a una noticia importante que me han contado allí y que estoy deseando que sepáis. ¿Os acordáis de que hace un mes

dijeron que alguien se iba a mudar a Wildfell Hall? ¡Pues resulta que ya llevan viviendo allí más de una semana, y nosotros sin enterarnos!

–¡Eso es imposible! –exclamó nuestra madre.

–¡Qué ridiculez! –chilló Fergus.

–¡Pues sí, y la que se ha mudado es una señora que vive sola!

–¡Santo cielo, pero si ese lugar está en ruinas!

–Le han arreglado dos o tres habitaciones para que sean habitables y allí vive, ella sola, con la única compañía de una anciana sirvienta.

–Vaya, ya me lo has estropeado. Yo que esperaba que fuese una bruja... –comentó Fergus mientras se cortaba una gruesa tostada.

–No digas tonterías, Fergus. Pero ¿verdad que es extraño, mamá?

–¿Extraño? Es que casi ni me lo creo.

–Pues créaselo, porque Jane Wilson la ha visto. Fue a visitarla con su madre, la cual, por supuesto, desde que supo que había una desconocida en la vecindad, estaba deseando ir a verla y enterarse de todo lo que pudiera. Es la señora Graham, y guarda luto, pero no es luto de viuda, sino más ligero, y dicen que es bastante joven, que no debe de tener más de veinticinco o veintiséis años, pero que es muy reservada. Aunque hicieron todo lo que pudieron para enterarse de quién es, de dónde viene y todo lo que consiguieran saber de ella, ni la señora Wilson, con esas pertinaces ofensivas tuyas tan impertinentes, ni la señorita Wilson, con sus hábiles estratagemas, fueron capaces de sacarle una sola respuesta satisfactoria, o ni siquiera ningún comentario de pasada o explicación casual para calmar su curiosidad o arrojar la menor luz sobre su historia, circunstancias y relaciones. Además, tampoco es que fuera muy cortés con ellas,

y quedó claro que le agradó más decirles «adiós» que «encantada de conocerlas». No obstante, dice Eliza Millward que su padre tiene intención de ir a verla pronto para ofrecerle el consejo religioso que mucho se teme que necesite, ya que, aunque se sabe que llegó a principios de la semana pasada, el domingo no fue a la iglesia, y entonces Eliza le pedirá a su padre que la deje acompañarlo y está segura de que ella sí podrá sonsacarle algo; porque resulta, Gilbert, que Eliza sabe hacer lo que haga falta. Y nosotras también deberíamos ir a verla, mamá, como corresponde.

—Pues claro, querida. La pobre, con lo sola que se debe de sentir...

—Y os ruego que vayáis lo antes posible y me traigáis toda la información sobre cuánto azúcar toma en el té, la clase de gorros y delantales que se pone y todo lo demás, porque no sé cómo voy a poder vivir hasta que lo sepa —dijo Fergus con aire muy serio.

Sin embargo, si lo que pretendía al decir eso era que lo ensalzáramos por su gran ingenio, fracasó rotundamente, ya que no nos reímos ninguno. Tampoco es que se desconcertara mucho por nuestra reacción, pues después de engullir un buen bocado de tostada con mantequilla, y cuando estaba a punto de tomarse un gran trago de té, le hizo tanta gracia lo que había dicho que se vio obligado a levantarse de un salto de la mesa y salir bufando y atragantándose a toda prisa de la habitación, tras lo que al poco lo oímos gritando en plena agonía en el jardín.

En cuanto a mí, como tenía hambre, me contenté con zamparme en silencio el té, el jamón y las tostadas mientras mi madre y mi hermana seguían hablando de las circunstancias aparentes o no aparentes, y de la historia probable o improbable, de la misteriosa dama; aunque debo confesar que, después del percance de mi her-

mano, me llevé una o dos veces la taza a los labios y la volví a dejar sin atreverme a probar el contenido, no fuera a ser que pusiera en peligro mi dignidad con una explosión similar.

Al día siguiente, mi madre y Rose se apresuraron a ir a presentar sus respetos a la reclusa, pero volvieron sin saber mucho más que cuando se fueron. No obstante, mi madre afirmó que no lamentaba haber hecho el viaje, pues, por más que no hubiera obtenido mucho provecho, le complacía pensar que sí había impartido ella alguno, lo cual era aún mejor, ya que había dado algunos consejos útiles que esperaba que no cayeran en saco roto, en vista de que la señora Graham, pese a que hablaba poco y parecía un tanto aferrada a sus propias ideas, no parecía una persona incapaz de reflexionar sobre las cosas; aunque a saber dónde habría estado toda la vida la pobre, porque había revelado una ignorancia muy lamentable sobre determinadas cuestiones de las que ni siquiera parecía que se avergonzase.

—¿Sobre qué clase de cuestiones, madre? —le pregunté.

—Sobre las tareas de la casa, y todos los detalles culinarios y demás con los que toda señora debería estar familiarizada, le haga falta ponerlos en práctica o no. El caso es que le he dado algunos consejos muy buenos y también unas cuantas recetas excelentes, pero está claro que no ha sabido apreciar su valor, porque me ha rogado que no me molestara, ya que dice que vive de una forma tan sencilla y discreta que no cree que las vaya a utilizar nunca. «Lo mismo da, querida —le he contestado—; son cosas que cualquier mujer respetable debe conocer, y, además, aunque esté ahora sola, eso no será siempre así; ya ha estado usted casada, y probablemente, o casi con toda seguridad, volverá a estarlo». «Ahí se

equivoca usted, señora –ha replicado casi con altivez–. Le aseguro que jamás volveré a casarme». En cualquier caso, le he dicho que de esas cosas entendía yo más.

–Es decir, que se trata de una joven viuda romántica –dije–, que se supone que se ha venido a vivir a esa casa para terminar sus días en soledad y llorar en su recogimiento a su querido difunto. Eso no le durará mucho.

–No, no creo –comentó Rose–, porque tampoco es que pareciese muy desconsolada, y además es muy guapa, o más bien muy atractiva. Tienes que verla, Gilbert; dirás que es una belleza perfecta, y ni podrás fingir que encuentras algún parecido entre Eliza Millward y ella.

–Bueno, me imagino que habrá muchos rostros más hermosos que el de Eliza, pero no más encantadores. Aunque reconozco que no tiene mucho derecho a decirse perfecta, mantengo que, de serlo más, no sería tan interesante.

–¿Entonces prefieres sus defectos a las perfecciones de otras personas?

–Pues sí, y usted perdone, madre.

–¡Ay, mi querido Gilbert, pero qué tonterías dices! Sé que no hablas en serio; eso es totalmente imposible –dijo mi madre, que se levantó y salió rápidamente de la habitación con la excusa de que tenía algo que hacer, con tal de escapar de la contradicción de mis palabras.

A continuación, Rose me honró con más detalles sobre la señora Graham. Me presentó su aspecto, modales, vestimenta y hasta el mobiliario de la habitación que ocupaba con bastante más nitidez y precisión de la que a mí me interesaba; pero, como no le presté mucha atención, no podría repetir la descripción que me hizo ni aunque quisiera.

El día siguiente era sábado; y el domingo todos se preguntaban si la desconocida aprovecharía en su bene-

ficio la reconvención del párroco e iría a la iglesia. Reconozco que miré con cierto interés hacia el antiguo banco de la familia de Wildfell Hall, en el que los ajados cojines y forros carmesíes llevaban tantos años sin planchar ni renovar, y los adustos blasones con lúgubres cenefas de desvaída tela negra fruncían el ceño con severidad desde la pared de encima.

Y allí vi a una mujer alta y distinguida que vestía de negro. Tenía el rostro vuelto hacia mí, y había algo en él que, tras verlo, me incitó a mirar de nuevo. Su cabello, negro como el azabache, lo llevaba dispuesto en largos y brillantes tirabuzones, un estilo de peinado que, aunque era poco habitual en aquellos días, siempre queda elegante y favorecedor; su tez era clara y pálida; no le veía los ojos, ya que al tener la cabeza agachada para leer el devocionario los ocultaban los párpados y las largas pestañas negras, pero las cejas eran expresivas y estaban bien perfiladas, la frente era despejada y le daba un aire intelectual, la nariz perfectamente aquilina y sus rasgos, en general, irreprochables; tan sólo tenía ligeramente hundidos las mejillas y los ojos, y los labios, aunque bien formados, eran demasiado finos, estaban demasiado apretados y tenían algo que me pareció que denotaba un carácter que no era muy dulce o amable, así que pensé para mis adentros: «Prefiero admirarte desde esta distancia, hermosa dama, a compartir tu casa».

Justo en ese momento dio la casualidad de que ella levantó la mirada y se encontró con la mía. No quise apartarla, y entonces volvió a concentrarse en el libro, pero con una expresión momentánea e indefinible de contenido desdén que me resultó inefablemente irritante.

«Se cree que sólo soy un jovencito descarado –pense–. ¡Ja! No tardará en cambiar de opinión si considero que vale la pena».